

Marcando el ritmo de la novela, los capítulos habrán de ligarse con un ritmo vertiginoso. Es posible que algunos lectores adivinen el desenlace. Claro está que la novela de Westhimer vale por su desarrollo, por los atisbos analíticos que galopan sin detenerse.

Bien vista las siluetas físicas y morales de algunos soldados. No abundan los párrafos subalternos, ni las digresiones que tiendan a engrosar el tema. El autor ha disparado los problemas en línea recta. Y persigue, certero, la meta que señaló a sus prisioneros.

Cuando se cierra la última página del libro, la imagen de Ryan vuelve a levantarse con las mismas ínfulas que señalaron su entrada en el relato. Gran virtud la de un libro que se mantiene en el mismo tono emotivo con que fue iniciado.

Este héroe, un tanto exagerado, merece admiraciones reales y líricas. Y eso es bastante.

En varios países, "El expreso de von Ryan" tuvo un éxito sin precedentes. Quizá porque las personas, que viven los recuerdos de una pasada experiencia bélica, han asentado en las celdillas de su espíritu la imagen de unos héroes invencibles, de unos guerreros que hacen posible el milagro de saltar lejos de su propia sombra, de su limitación corporal y anímica.

La verdad dolorosa de unos campos de concentración encuentra su contrapartida en unos personajes vencedores y casi invencibles. Las infinitas peripecias que viven los personajes de esta novela llegan a convertirse en cálculo certero de probabilidades. Una matemática interior parece regir los actos de un grupo de hombres, vencidos en apariencia, no disminuidos sin embargo.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At410-140PNAC10140>

*Poesía de nuestro tiempo*, de J. M. COHEN. Breviarios del Fondo de Cultura, Nº 171, México, 1963. Traducción de Augusto Monterroso

En el prefacio, Cohen se anticipa a justificar su libro: es el producto de preferencias personales. Las inevitables omisiones son presentadas como problemas derivadas del espacio.

El capítulo primero, *Le frisson nouveau* (pp. 11-31), coge su nombre de una carta que, en 1857, escribiera Víctor Hugo a Baudelaire: "Has dotado al cielo del arte con no sé qué rayo macabro, has creado un escalofrío nuevo".

El capítulo segundo, *Diferentes formas de fracaso* (pp. 32-48), busca, a través de textos poéticos, los problemas de las dificultades expresivas en un momento de derrumbe de la sociedad de comienzos de siglo; ilustran esto Blok y Yeats (mediante las formulaciones proféticas de sus poemas *El campo de Kulikovo* y *The Second Coming*, respectivamente), von Hoffmansthal y Eliot.

El capítulo tercero, *George, Rilke, Valéry* (pp. 49-84), sitúa a los poetas en sus campos particulares. Su mayor acierto está en la valoración justa de George; dentro de sus limitaciones, señaladas antes, por razones de obvia cordura política, por críticos dependientes de Hitler y Stalin.

*Hacia las remontas Hespérides*, se intitula el cuarto capítulo (pp. 85-120). Se abre con un análisis diferente de Juan Ramón Jiménez; continúa con comentarios, algo marginales, sobre Jorge Guillén; se cierra con un notable enjuiciamiento de Yeats y un atisbo rápido de la lírica de Edwin Muir, el autor de *One Foot in Eden*.

El capítulo quinto, *Visión del Apocalipsis* (pp. 121-165), estudia la poesía en el instante en que el ánimo de derrota es palpable; poesía y mundo se hallan en crisis (pensamos en el sentido etimológico del término: "separación"). Conmina Blok, recuerda Trake su "infancia sin inocencia"; Heym y Benn, Wilfred Owen, Dino Campana y Robert Graves se enmarcan en el mismo mundo; el último en su muy curioso conceptismo.

El capítulo sexto, *En la tierra baldía* (pp. 166-213), recoge el abandono de la tradición apocalíptica, mediante el hallazgo del catolicismo por Eliot, del hombre y del tiempo por Unamuno. A vuelo de pájaro hay visiones parciales de Antonio Machado, Apollinaire, Ungaretti y Montale. De gran calidad es el trabajo sobre Eliot.

*La nueva violencia irrumpe* (pp. 214-257) es el capítulo séptimo. Dos revoluciones: la social y la del psicoanálisis, aparecen enmarcadas en los poemas de Mayakovski y de Pasternak, de Supervielle, Breton, Hart Crane, Edith Sitwell, Dylan Thomas y Aleixandre. Quizás sea éste el capítulo más débil del libro. La visión fugaz de Thomas es pobre y nada convincente; Edith Sitwell aparece "prisionera en la jaula de la moda". Aleixandre surge hipervalorado; a juicio nuestro —exceptuando *La sombra del paraíso*—, su poesía toca la cuerda de un surrealismo mesurado e intrascendente, de un romanticismo desvaído y de una pastoral algo artificiosa.

El quehacer enrolado se analiza en el capítulo octavo, *La poesía de la resistencia* (pp. 258-297). Lorca, Alberti, Eluard, Aragón, Quasimodo y Auden toman partido en un mundo insensato. Cohen afirma taxativamente que hoy "ya nadie cree en la pureza de las causas".

El capítulo noveno, *Tierra virgen* (pp. 298-334), se inicia con una discusión: los hispanoamericanos ignoran la literatura española actual. Nos parece que el problema es otro: se conoce, pero no interesa; carece de ejemplaridad y de vigencia; es menor. Desfilan por las páginas de esta sección del volumen, Ezra Pound —medianamente estudiado—, Vallejo, Neruda y Octavio Paz. Se agrega, intempestivamente, a un poeta de segunda línea: Molinari; y a Blas de Otero y al olvidable José Hierro, R. S. Thomas y Roethke, en el décimo capítulo, *Situación actual* (pp. 335-356).

En suma, el libro *Poesía de nuestro tiempo*, de J. M. Cohen, es una buena visión de conjunto, con notables aciertos críticos parciales. Se intenta una caracterización del mundo exterior en que se mueven los poetas, sin que esto constituya cartabón. La óptica de apreciación es adecuada, por lo general.

Las limitaciones se deben a los "gustos personales"; lo grave es la cuantía de algunos excluidos, entre los que, tímidamente, apuntamos a Pierre Emmanuel, autor del maravilloso *Tombeau d'Orphée* (1941); a Jacques Prevert, a Claudel, a Saint-John Perse, a Vachel Lindsay y a Pavese, a la Mistral, a Borges y a Huidobro.

ALFONSO CALDERÓN

*Mi hermano Ernest Hemingway*, de LEICESTER HEMINGWAY (Plaza & Janés), Barcelona, 1962. 369 p.

Un personaje fabuloso desbordante, mítico, herido, victorioso, débil, derrotado —en la vida real—, pero contenido, enemigo mortal de lo superfluo, implacable en sus síntesis, creador de un lenguaje literario, Ernest Hemingway, retorna ahora en el libro *Mi hermano Ernest Hemingway*, de Leicester Hemingway.

Una infancia en que se mezclan la música y el canto —por imposición materna— y el amor a los espacios, la búsqueda del aire y un acentuado ejercicio del desborde físico y la violencia, mediante la pesca, las cacerías, las excursiones. Toda una experiencia infantil plena, que se verá expresada literariamente en la piel de Nick Adams, una especie de Tom Sawyer, creado por Hemingway en la colección de relatos, *En nuestro tiempo* (París, 1924) asoma revelada desde adentro por el compañero de correrías, su hermano.

El mundo se va paulatinamente enriqueciendo sobre una suma de experiencias: labrador, peón, lavaplatos, pugilista, jugador de fútbol, nadador, alumno de la escuela secundaria de Oak Park. Cuando Estados Unidos ingresa a la lucha de la Primera Guerra Mundial, Hemingway pretende ser aceptado en el ejército, pero se le rechaza porque su vista no era lo suficientemente buena. Consigue entonces un empleo en un diario, el "Star", de Kansas City. Parece evidente que el lema del diario le sirve en el desarrollo de su estilo: Use frases cortas. Use párrafos cortos. Use un inglés vigoroso. Sea positivo y no negativo".

En 1918 logra incorporarse a la lucha, como chofer de ambulancia (teniente, según otros), y es designado al sector italiano del Piave, "donde había más acción". Una granada de mortero estalla cerca de él, ve morir a uno de sus compañeros y perder las piernas a otro. Veinte trozos de metralla dieron en su cuerpo (237, según el mito más conocido). El intento de descripción de esta experiencia es múltiple en su obra (en *Adiós a las armas* y particularmente en *Al otro lado del río y entre los árboles*, donde cuenta, incluso, un acto liberatorio que realizó en el mismo lugar en donde fue herido). Va a dar a un hospital militar, próximo a Milán, se enamora de Agnes H. von Kurowsky, quien, como personaje literario, dará fisonomía a la Catherine Barkley, del libro *Adiós a las armas*.

Hemingway, con su primera esposa (luego vendrían otras tres), viaja por un acuerdo del *Toronto Star* a Europa. Provisto de unas cartas de Sherwood Anderson (cuyo lenguaje narrativo parodiaría en *Torrentes de primavera*)